



VERDADERO, Y NUEVO ROMANCE, EN QUE SE DA cuenta, y declara de dos grandes amigos de la Ciudad de Palermo, llamados Don Juan, y Don Pedro, y de como Don Juan se enamorò de la muger de su amigo; lo qual aviendolo sabido Don Pedro, intentò el matarle, obrando su Divina Magestad un portentoso milagro con Don Juan, con lo demás que verà el curioso Lector.



EN la Ciudad de Palermo, muy rica, abundante, y bella, en el Reyno de Sicilia, vivia con mucha hacienda un illustre Cavallero, Don Pedro su nombre era; este tal tiene un amigo, à quien en extremo aprecia, que le llamaban Don Juan, de muy noble descendencia: se muy noble descendencia: passaban siempre juntos à qualquier parte que fueran. Sucedió, pues, que en el medio de esta amistad verdadera, se casò Don Pedro en una Dama de muy altas prendas, la qual tenia por nombre Roleleta, que es Sirena encantadora de todos quantos miran su belleza.



En cuyas cèlebres bodas se hallò Don Juan, y se queda enamorado de ver su talle, y su gentileza. Casado Don Pedro yà, disfrutando las riquezas, vivian alegremente èl, y su querida prenda. Advirtiendolo, que Don Juan no guardaba aquella mesma costumbre de ir à su casa; embiò un recado en que expressa, que no por estar casado algun reparo pusiera de frequentar su amistad, porque lo estima, y lo aprecia; à lo que Don Juan se excusa con palabras, y respuestas. Mas viendo que el reportarle cosa muy difícil era,

huvo de decir, que si;
entrando en la casa mesma
de Don Pedro, como antes,
guardando la mesma regla,
de comer, y de cenar,
como en la amistad primera.
Sucedió un dia, que estando
los tres sentados en mesa,
vino un recado à Don Pedro,
diciendole, que saliera,
que le busca un Cavallero
para ajustar unas cuentas.
Salióse Don Pedro en fin,
y Don Juan, que aquesta encuentra
ocasion, que pretendia,
le dice: Querida prenda,
yò vivo por ti muriendo,
y para que no perezca,
me determino à decirte
mis tristes ansias, y penas,
siendo tù la causa de esto;
y assi es preciso que sepa,
quando me darás alivio.
Aun no dexò Roseleta,
de que prosiga adelante
con su fementida lengua,
aunque tambien lo estorvò
Don Pedro, que entrò à la mesa.
Acabaron de comer,
y se ausentò Roseleta,
de ver tal atrevimiento,
de colera estava ciega.
Saliendose à pasear
Don Pedro, y su amigo fuera,
pidió Don Pedro à su amigo
con palabras verdaderas,
de que le diga al instante,
la causa de su tristeza,
y le responde Don Juan,
que una Dama le desprecia
que se llamaba Angeliana,
Señora, rica, y discreta,
Don Pedro creyò à su amigo,
por la amistad que professa.
Muchos dias se passaron,
sin hallar alguna treta
de poder hablar Don Juan,
con la hermosa Roseleta,
porque la Dama advertida

huía de su presencia,
fugiendose à vezes mala,
por no salir à la mesa,
y no pensando Don Juan
de que una muger le diera
parte de esto à su marido,
prosiguió con su quimera,
embiandole papeles,
y muchas cosas diversas.
Viendo, pues, la hermosa Dama,
que no encontraba manera
para echarle de su casa,
recogió las cartas mesmas,
que le embiaba Don Juan,
y al marido le dà cuenta,
diciendole, que mirasse
su amigo, que tanto aprecia,
pues intentaba quitarle
la honra, y tambien le dexa
los papeles en sus manos,
para que crea, ser cierta
la verdad que ella le dice,
y lleno de saña fiera
intenta el darle la muerte,
para vengar su insolencia,
sin que lo sepa ninguno,
y assi mandò à Roseleta,
que le escriviera à Don Juan,
diciendole, que le espera
en la Quinta, el dia siguiente,
y que entrasse por la puerta
falsa, à las diez de la noche,
que el marido se iba fuera.
Leyò la carta Don Juan,
de lo qual mucho se alegra.
Llegò el aplazado dia,
y Don Pedro con cautela,
se despidió de Don Juan,
saliendo por otra puerta
diferente de la Quinta,
para mas estratagemas,
llevandose à sus criados,
à la Quinta se enderezan,
que estava de la Ciudad
tres millas, que es una legua,
bien prevenidos de armas,
y se ocultaron en ella.
Acabando de comer,
subió al coche Roseleta,

B. 22. 419

en presencia de Don Juan
se fuè con sus camareras,
y al anochecer que fuè,
torció à su casa la buelta,
antes que fuese de noche,
con dos pistolas muy buenas,
subió à cavallo Don Juan,
tan fuerte como una piedra,
y fuera de la Ciudad
poco mas de media legua,
le tocò el Ave Maria,
y con mucha reverencia,
se desmontò del cavallo,
y arrodillado se queda,
rezando el Ave Maria,
pidiendo que le defienda
de todo mal, y peligro,
y despues besò la tierra,
profugiendo su camino
con la mayor diligencia.
Usase en toda la Italia,
en donde el delito encuentran
castigar los delinquentes,
para que escarmiento seas;
en el mismo dia ahorcaron,
poco menos de una legua
de la Ciudad, à tres hombres,
al lado de aquella senda,
por donde Don Juan venia,
y apenas que estuvo cerca,
de aquel funesto cadahalso,
toda el alma le penetra
una muy profunda voz,
que dice: Don Juan, espera,
y mirando à todas partes,
no viò à nadie por la selva.
Profugió mas adelante,
y à pocos passos la mesma
voz, segunda vez le dixo:
Don Juan, y pasmado queda,
erizados los cabellos,
de oír la voz tan horrenda.
Se santiguò, y à la Virgen,
le encomendò muy de veras,
y al llegar en frente ya,
de aquella horca funesta,
salíó un lugubre suspiro,
que el corazon le atravieffa.
Qué es esto? dixo Don Juan,



y cayendose en la tierra
con un terrible desmayo,
le durò de una hora cerca,
y apenas que volviò en sí,
con valentia, y presteza
se llegó à la horca, y repara,
que estàn colgados en ella
tres hombres, y èl animoso,
les dice de esta manera:
Quièn me llama de vosotros?
que por la fè verdadera
que professo, os cumplirè
lo que me pidais de veras.
Yo te llamo: Dixo el Joven,
para que cortes la cuerda,
que estoy todavia vivo;
mas por alta providencia,
hizola afsi el Cavallero,
y los dos con mucha priessa
volvieron à su camino,
dandole gracias extensas
à Don Juan por la merced.
En estas, y otras respuestas,
descubrió Don Juan la Quinta,
en medio de una arboleda,
y baxando del cavallo,
dixo al hombre que estuviera,
guardandole en aquel sitio,
que presto darà la buelta.
No, Don Juan, replicò el hombre,
porque vàs errado en esta
dependencia que tù dices,
que à mì me toca el hazerla.
Rióse Don Juan entonces,
diciendole, que no sea
tan cansado, que ya es tarde,
y le daba gran molestia
en sus razones, que bien
le pagaba su fineza.
No lo sabes: Dixo el hombre,
que si tù bien lo supieras,
tù me lo agradecerias,
pues mirad la verdad cierta.
Ata à una encina el cavallo,
y encima de un arbol queda
escondido, y oye atento,
fin que ninguno te vea,
para que veas quien tiene
mas razon en esta empresa.

Embelesado Don Juan,
de sus razones se queda,
temblando todo su cuerpo,
y el corazon titubèa,
atò al arbol el cavallo,
que señalado le dexa.
Asi que le viò el ahorcado
en parte segura, y buena,
se encaminò àzia la Quinta,
y al entrar èl por la puerta,
los criados de Don Pedro
que estaban de centinela,
pareciendoles Don Juan,
dispararon con presteza
todos los tres à la una,
derribandole en la tierra,
le dieron de puñaladas,
y despues con mucha priessa,
le arrojaron dentro un pozo,
con gran cantidad de piedras.
Quedò Don Juan sin sentido
de las repentinas nuevas,
que llegaron al oido,
y lo que mas le amedrenta,
que de alli à un quarto de hora,
viò que se abrieron las puertas
de la Quinta, y que salieron
tres hombres con ligereza,
montados en sus cavallos,
y apenas llegaron cerca,
oyò decir à Don Pedro,
ya Don Juan difunto queda.
Valgame el Cielo, què es esto?
què tal cosa mē suceda!
decìa, y baxando al punto
del arbol, toma una senda,
para irse àzia la Quinta,
quando repara que llega
el hombre bañado en sangre,
diciendo de esta manera:
Vesme como estoy, Don Juan?
Pues estas heridas mesmas
se guardaban para ti,
mira quanto Dios aprecia



la oracion, que tù le hiziste
à la Virgen Madre nuestra.
Con esto quedate à Dios,
solo te encargo que seas
muy devoto del Rosario,
y que te sirva de enmienda:
Dixo, y desapareciòse,
y atonito Don Juan queda.
Subiò à cavallo, y al punto,
à la Ciudad diò la buelta,
se fuè à casa de Don Pedro,
y arrodillado por tierra,
pidiò perdon de sus yerros,
dandoles noticia cierta
de todo lo referido,
y viendo que no aprovechan
de este mundo los regalos,
à un Convento se endereza,
de Carmelitas Descalzos,
y gozò de gloria eterna.
Volvamos pues à Don Pedro,
que en diferentes quimeras,
andaba siempre rabioso
contra su querida prenda,
ò yà por estàr cansado
de su singular bellaza,
ò sea porque Don Pedro,
corrido del hecho era;
intentò el darle la muerte,
à esta inocente cordera.
Sucedìò, pues, una noche,
que sangrada Roseleta,
se quedò muy adormida,
le destapò las dos vendas,
con que muriò desangrada,
Dios le dè la gloria eterna.
Despues se casò Don Pedro,
con una noble doncella,
que se llamaba Angeliana,
Señora, rica, y discreta.
En donde el poeta humilde,
rendido à las plantas vuestras,
finaliza aquesta historia,
exemplar, y verdadera.

F

I

N.